

# “El velo de la dicha”

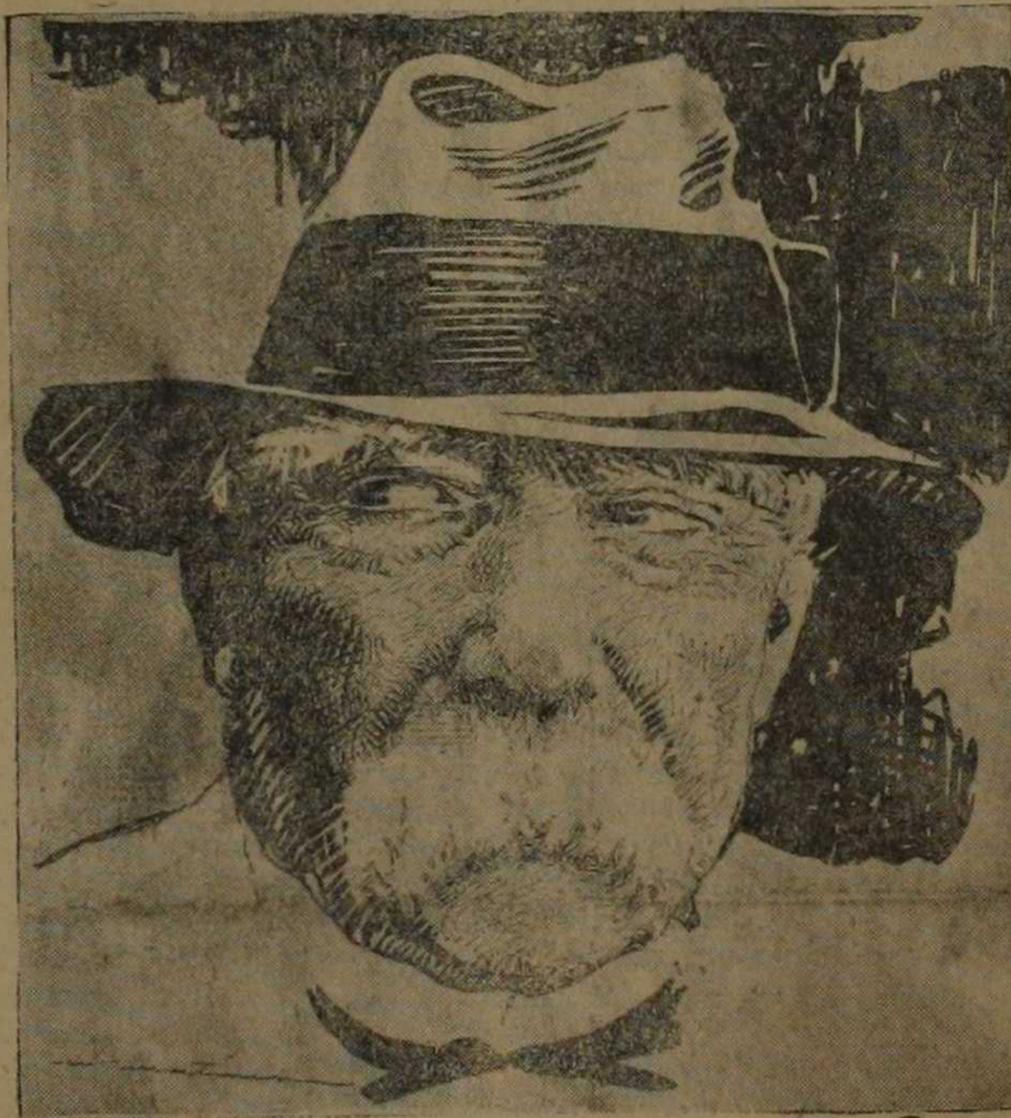
Es el título de una tradición china—o inventada—por un literato occidental. Una sociedad cinematográfica ha llevado el famoso cuento chino a la pantalla. Y nadie se sorprenderá del éxito considerable de esta *film* cuando conozca el nombre de su autor: Clemenceau.

¡Clemenceau pelicularo! Sí, señores. El periodista magistral e implacable de *L'Aurore*, del *Bloc*, de *L'Homme Libre* y de *L'Homme Enchaîné*; el alcalde de Montmartre durante la Comuna, y dictador—y salvador—de Francia en el período decisivo de la gran guerra, no es, como Unamuno, enemigo del cinematógrafo.

No sólo dió el permiso para que su novelita china (a mí siempre me ha parecido que los bigotes, sólo los bigotes, de Clemenceau eran los de un mandarín) fuera *filmada*, sino que revisó el *escenario* del adaptador y se presentaba en el *estudio* de Epinay cada vez «que hacían» escenas de su obra. Clemenceau es demasiado *enfant de Paris* para ser grave. Esa fluidez de espíritu que permite pasar de lo divino a lo humano, de lo trágico a lo cómico y—a veces—simultanearlos, es un don muy francés. Clemenceau lo posee como pocos. En los momentos más oscuros de la guerra, cuando la «Bertha» disparaba sobre París y Ludendorff formaba sus famosas «poches»—«bolsas», traduciríamos en castellano—, un chiste, un *mot* del ingente estadista recorría toda Francia, restableciendo el imperio de la sonrisa.

Era que el antiguo camarada de Eduardo VII no podía olvidarse del bulevar... Era que la tragedia de su patria—y del mundo—no podía cambiarlo. ¡Genio y figura! En toda su labor de periodista, de panfletista y de parlamentario no se encontrará un momento en que la expresión de su pensamiento sea enfática o confusa. Siempre aparecerá iluminada por la ironía, por una ironía al servicio de la lógica, de la verdad y del bien, desde el punto de vista galo, y desde el punto de vista galo de Clemenceau...

Porque, no se olvide, este patriota ejemplar, este Atlas que llevó a Francia sobre sus hombros, ha sido acusado de anglofilia, de blandura ante Lloyd George y ante Wilson y de haber—consintiendo un armisticio prematuro—malogrado la victoria. Y lo que hizo este hombre fué darse cuenta de que no estaba solo, de que solo no habría podido ganar la guerra. Toda su política internacional consistía en



JORGE CLEMENCEAU

luchar contra la anglofobia francesa y la francofobia británica: contra la tesis de Caillaux, en Francia, y contra las doctrinas de Carlyle y de Gladstone, en Londres.

Ahora bien: Clemenceau ha librado todas sus batallas *avec le sourire*. En su faz macilenta y de órbitas profundas, la sonrisa fué a veces dramática. ¡Oh aquel día, aquel día en el Palais Bourbon en que le increpaban los socialistas y los comunistas, y los radicales le abandonaban, porque... veían ya en París a Ludendorff! «¡La paz! ¡La paz!» Y lívido, verde, sudoroso, pero con su sonrisa, Clemenceau contestaba:

—Todavía, no... Foch forma sus reservas... Wilson me ha mandado

ya quinientos /mil hombres...

Lo demás se sabe... Clemenceau no vive en el ostracismo. Se ha retirado porque su hora pasó; su hora, que fué suprema y venturosa para Francia, su único amor y su única inquietud.

Y ha vuelto a la literatura... Porque literatura, y sólo literatura, es *El velo de la dicha*.

\* \* \*

Helo aquí, en síntesis informativa:

El gran poeta Tchang I es dichoso con su mujer, Si Tchun; su hijo, Wien-Sieou; su amigo Tou-Fou y su secretario, Li Kiang.

Doce años de conubio y de vida familiar apacible. Doce años de gloria. Pero Tchang I se queda ciego, y, como Milton, se ve obligado a dictar sus poemas. Su amanuense será Li-Kiang, su fidelísimo secretario.

Estoico y bondadoso, Tchang I se resigna a su desgracia y vuelve a ser feliz. No habrá luz en sus ojos; pero su corazón siente, su corazón ve a Si Tchun, la esposa, más amante que nunca; a su hijo Wien Sieou, lleno de afección filial; a su secretario y a su amigo, dispuesto a servirle lealmente y con entusiasmo... Y dicta sus más hermosos poemas.

Mas he aquí un mago o curandero que aparece y le dice:

—Con tres gotas del agua que te traigo, puedes rasgar el velo que te oculta la vida.

Tchang I compra el agua milagrosa. Quizá la use, quizá no. Li-Kiang le aconseja que continúe

viviendo en su noche sublime, en el mundo interior del poeta, en que todas las imágenes son bellas, donde la fealdad y la tristeza no existen. Tchang I parece persuadido. Junto a él se desarrollan escenas familiares. Su mujer y su hijo le saludan, le acarician. Su amigo Tou-Fou comienza con él la partida de ajedrez cotidiana. Un mendigo, Tchao, implora la ayuda del poeta. Este hace que le entreguen un vestido de seda y una suma de diez taels. Li-Lao, ministro, llega de parte del Emperador con soberbios regalos: premio de Su Majestad a los poemas admirables que le ha dedicado Tchang I. La felicidad del poeta es absoluta.

De noche. El poeta duerme mal, se